

Las caminantes de la paz

ANUNCIAN continuas marchas y festivales **pop** a favor de la paz. En todas partes. En Irlanda del Sur; junto al mar, en Escocia, en Inglaterra, en el País de Gales. En septiembre, en octubre, en noviembre. Abren una oficina en el barrio de la Universidad de Belfast. Se instalan, se institucionalizan, se obstinan, se encarnizan. Humanismo, voluntarismo. "No, esta vez este movimiento por la paz no será un simple fuego de artificio". No se cansan de repetirlo, como si al mismo tiempo trataran de autoconvencerse. Y es tanto mayor su fervor cuanto más frágil aparece su empresa en este Ulster loco, desgarrado, fanático y ocupado. No tienen ganada la apuesta. Ni mucho menos.

Betty Williams y Mairead Corrigan, dos tranquilas madres de familia de Andersonstown (barrio católico de Belfast) y animadoras neófitas de las marchas por la paz, van camino de convertirse en las figuras más conocidas, si no las más populares, de Irlanda del Norte. A comienzos del mes de agosto, un automóvil loco —su conductor, militante del IRA, acababa de ser acribillado por un soldado británico— siega la vida de tres niños y una madre, familiares de Betty Williams. Cuatro civiles muertos. Betty y su amiga Mairead se lanzan a la calle. Y comienzan a gritar: "¡Basta! Queremos la paz". Desde ese momento, sábado tras sábado, operando en los barrios católicos y protestantes, consiguen arrastrar cada vez a más mujeres: 10.000, 20.000, 30.000.

Hace unos días, por ejemplo, eligieron el puente sobre el río Foyle, que une los dos sectores de Londonderry (la orilla izquierda, protestante, y la derecha, católica) para proclamar su acto de fe. Craigavon Bridge. ¡Menudo símbolo! Fue precisamente aquí, en Derry (terminología nacionalista) o Londonderry (terminología unionista), donde estallaron, en agosto de 1969, los primeros incidentes del enésimo asalto de una guerra de Irlanda, que dura ya tres siglos. En el barrio del Bogside se levantaron las primeras barricadas. Fue aquí también donde Bernadette Devlin y tantos otros denunciaron la discriminación padecida por los habitantes del "ghetto" católico, atacaron la presencia "colonial británica", y reclamaron la reunificación del Ulster y del Eire (Irlanda del Sur), a la vez que un Estado republicano y

socialista. También a dos pasos del Craigavon Bridge abrieron fuego, el 30 de enero de 1972, los soldados de Su Majestad sobre los participantes en una marcha pro derechos civiles. Consecuencia: trece muertos... Bloody Sunday (Domingo Sangriento).

Todo eso han querido ahora borrarlo las caminantes de la paz. Su cortejo ha evitado el terrible Bogside, con sus pestilentes casas tristemente alineadas tras sus jardines de bolsillo: toda la miseria de un barrio obrero católico. Las damas, endomingadas, casi todas ellas de más de cuarenta, tocadas con variopintos sombreros coronados de alguna pluma, han ido llegando en pequeños grupos precedidos por pancartas indicativas de sus barrios de procedencia y al propio tiempo, indirectamente, de su religión: Shantallow, Cloughglass, Belmonte, los protestantes de Waterside. Se aplaude, se dan abrazos, se llora. Se dice que todo esto es magnífico, casi milagroso. Se olvida que esta vez no han acudido demasiados protestantes y que los jóvenes obreros del Bogside, de rostro mohíno, con los pantalones negros cortados a la altura de las pantorrillas y los cabellos breves por delante y largos detrás, no han aprobado el encuentro.

Un número confidencial

Allí se reclama la paz solamente, se deja de lado cualquier alusión política, se dirigen plegarias a lo alto. La manifestación tiene algo de peregrinaje y de mitin de no violentos. Betty y Mairead se turnan al micro: "Queremos para nuestros hijos y para nosotros, en la casa, en el trabajo y en nuestros ratos de ocio, una vida de paz y de alegría". Entre un mensaje y otro, un padrenuestro. Entre dos credos, un cántico, un himno a la paz. Palabras, plegarias y música: "We want peace" ("Queremos la paz"). Las redes antimitas que flotan en el río y protegen los pilares del puente, las barquichuelas del Ejército británico que patrullan río abajo son los únicos testigos. Todos comulgan en una última esperanza: que cese de una vez la violencia. ¿Cómo? Nadie lo sabe exactamente. El espectáculo recuerda al de unos pasajeros reunidos en el puente de un navío a la deriva y que, tras haber hecho todo lo posible por evitar el

nafragio, no tienen ya otro recurso que la oración.

Norman Simpson, profesor de economía, me explica: "Es la primera vez que un sector de la población ha dejado al margen a los partidos y superado las divisiones sectarias para gritar: 'Queremos la paz'. Este movimiento puede arrastrar a todo el pueblo. Somos capaces de aprender, de dar marcha atrás, de llegar a un compromiso político, siempre y cuando cese la violencia". Cuando has pasado algunos días en Belfast, intentando

tamente, bien a través de parientes o amigos, están ya más que hartos. Desde 1968, vivir en el Ulster no resulta precisamente divertido. No es que sea el Líbano; la guerra es aquí más discreta, está más localizada, como destilada..., pero la angustia y el miedo son permanentes: controles, barreras, registros en el momento de entrar en cada barrio, en cada tienda. Cuarenta alarmas de bomba se producen diariamente en Belfast. Mil trescientos ochenta asaltos a mano armada en 1975, 320 en los cuatro primeros meses



ver, comprender, ya que no creer, no puedes menos de encontrar en exceso optimista un juicio semejante.

Es verdad que este movimiento por la paz puede durar, y crecer hasta convertirse en una auténtica fuerza de presión, por dos razones sobre todo. La primera es que no existe hoy perspectiva alguna de solución política en Irlanda; nunca se había llegado a tal callejón sin salida. En segundo lugar, buena parte de la población, la burguesía, pero también otras gentes más modestas que no están comprometidas en el conflicto, bien sea direc-

de 1976. El bandillaje y el gangsterismo han proliferado alegremente en semejante clima, y los británicos gozan relacionando a granujas y militantes políticos.

Su propaganda funciona a veces. El 652-155, número del teléfono "confidencial", suena con mayor frecuencia cada vez en el Cuartel General del Ejército. Cualquier ciudadano anónimo puede llamar a ese teléfono para denunciar a los sospechosos de terrorismo... En tales condiciones, la vigilancia, incluso la presión viril del IRA Provisional en los barrios nacionalistas, de los paramilitares protestantes en



Más de treinta mil personas se manifiestan en Shankill Road, Belfast, en favor de la paz en el Ulster. A la izquierda, la Policía y tropas británicas entre la muchedumbre en el puerto de la capital del Ulster.

los feudos legalizados, se acentúa por momentos. Algunos habitantes la toleran difícilmente. Un obrero de Fall, que es, sin embargo, uno de los barrios más republicanos de Irlanda del Norte, no vacila en afirmar: "Tanto peor. Prefiero aceptar la discriminación, padecerla. De todas formas, siempre he vivido así. Pero estoy harto de las sospechas, las represalias, la violencia, los muertos".

El fracaso de las discusiones

El IRA combate ese lenguaje de vencidos. Ferozmente. Anuncia un recrudecimiento de la lucha armada contra los soldados, los funcionarios británicos, los intereses económicos protestantes legalistas. Ninguna tregua, ninguna negociación en tanto que los "brits" sigan allí presentes. "La marcha de la paz —dice Mary Moore, del Buró Político del Sinn Flin (partido republicano autorizado y, de hecho, cobertura oficial del IRA Provisional)—, ¿por qué no? Pero, ¿qué paz? Si se trata de una paz impuesta por Gran Bretaña, que reconoce la situación actual, el dominio de la burguesía ligada a los intereses británicos, no la queremos. Si, por el contrario, se nos ofrece una paz que instaure la justicia, la auténtica, entonces, de acuerdo". Doscientos militantes del Sinn Flin enarbolaban el otro sábado pancartas de claridad meridiana: "Británicos: Dadnos la libertad para que podamos disfrutar de la paz". El movimiento de mujeres en favor de la paz está todavía lejos

de modificar los objetivos, la estrategia y la táctica del IRA. Así, pues, por ahí nada ha cambiado.

¿Tendrán más suerte las marchas cerca de los partidos tradicionalistas, los unionistas de Harry West y las vanguardias de William Craig (protestantes) del SPDL (Social Democratic Labour Party: católico reformador), el IRA oficial de Jim Sullivan (criptocomunista), todos los cuales afirman rechazar la lucha armada y desear una solución negociada?

Ya tuvieron ocasión esos partidos, entre noviembre de 1975 y mayo de 1976, de discutir sus problemas en una Convención. Fracaso absoluto. Los protestantes se niegan tajantemente a compartir el poder con los católicos. A lo más que están dispuestos es a delegar en ellos ciertas responsabilidades en la dirección de los asuntos del Ulster. Rechazan, sin embargo, de plano toda ley electoral que pudiera proporcionar a los católicos un número de escaños en el Stormont (Parlamento local) equivalente al suyo. Los católicos, aunque minoritarios en el país (500.000 católicos contra un millón de protestantes), no pueden aceptar, a su vez, participar en una Asamblea, ni siquiera en un Gobierno, si no tienen poder real alguno de decisión. No creen posible, seguramente con razón, que los unionistas estén dispuestos a abandonar espontáneamente su dominio económico y político. En una palabra, también aquí el cáncer confesional socava cualquier posibilidad de solución.

Londres asegura además, directamente, desde el pasado mes de

mayo, la administración del Ulster. Todas las instituciones locales han sido suspendidas o disueltas. Desde el Stormont Castle, castillo de un terrible estilo gótico, Merlin Rees gobierna la "colonia" con auxilio de un Ejército todavía más impopular de lo que ya era desde que la Comisión Europea de Derechos del hombre del Consejo de Europa reveló públicamente que practicaba la tortura: "Cuando los irlandeses del Norte hayan llegado a una solución entre ellos, ya los escucharemos. Mientras tanto, tenemos que hacer que el país siga viviendo". El Gobierno inglés ha optado también por la firmeza.

Un muerto cada dos días

Si continúan, las marchas de la paz pueden llevar a los políticos irlandeses a reanudar seriamente las negociaciones. Pero no se vislumbra todavía ninguna posibilidad de acuerdo.

Entre tanto y mientras las mujeres se reúnen para rezar, continúan los sabotajes, siguen ardiendo los edificios de Belfast y los paramilitares protestantes atacan con lanzallamas los "pubs" sospechosos de simpatías hacia el IRA... Desde que se lanzó a la calle la primera de las "peace-women" se ha producido más de un muerto cada dos días en el Ulster, que viene a ser la media habitual (1.615 personas muertas desde 1968). Hará falta Dios y ayuda para que Belfast deje de ser esa ciudad en la que se arriesga la vida cada vez que uno se equivoca de acera... ■ HERVE CHABALIER.

NOVEDADES

Rodrigo Bercovitz

LA MARGINACION DE LOS LOCOS Y EL DERECHO

Germán Gullón

EL NARRADOR EN LA NOVELA DEL SIGLO XIX

REEDICIONES

Bertrand Russell

ANÁLISIS DE LA MATERIA

Américo Castro

DE LA EDAD CONFLICTIVA

Emmanuel Mounier

MANIFIESTO AL SERVICIO DEL PERSONALISMO

TTAURUS ediciones

VELAZQUEZ, 76-4º
Madrid-1 Apartado 10.151